

to está adecuadamente destacado en el libro de Brage no sólo cuando habla de la templanza en general, sino también cuando se refiere a las virtudes relacionadas con ella, como la sobriedad o la castidad.

3. El autor pone de relieve, de modo muy acertado, la conexión de la templanza con la salud psíquica, algo que han señalado muchos estudios de psiquiatría. La contradicción entre la razón (y la fe) y los apetitos se instala en el corazón de la persona que no vive la templanza, y le impide alcanzar el equilibrio y la armonía interiores que definen la estabilidad psíquica y afectiva. Brage recuerda lo que han enseñado los grandes maestros de moral: la destemplanza, la búsqueda inmoderada de placer, no tiene por efecto más alegría, sino todo lo contrario: impide los gozos más elevados y conduce a la frustración y a la ruptura interior de la persona.

El autor dedica gran parte del libro a las virtudes relacionadas tradicionalmente

con la templanza: el pudor, la honestidad, la mansedumbre, el desprendimiento, la estudiosidad, la elegancia y la humildad. Aunque su tratamiento sea necesariamente breve, es muy interesante, entre otras razones porque algunas de estas virtudes resultan totalmente desconocidas para la cultura actual, cuando deberían jugar un papel de primer orden. ¿Quién conoce hoy la virtud de la estudiosidad? Y se trata de la virtud que ordena el deseo de saber, un deseo que estamos ejerciendo casi continuamente, y tal vez sin ningún orden racional.

Aunque, como hemos señalado, el libro está escrito para lectores no especializados, exige a veces cierto esfuerzo para su comprensión. Pero es una dificultad que vale la pena superar, sobre todo si va encaminada no tanto a saber en qué consisten las virtudes tratadas, sino a vivirlas en la vida de cada día.

Tomás TRIGO

Jacques BICHOT, Pierre COULANGE, Jacques LECAILLON y Jean-Yves NAUDET, *Doctrine sociale de l'Église et science économique. Quelques réflexions sur le rôle respectif des économistes et du magistère*, Marseille Cedex: Presses Universitaires d'Aix-Marseille («Collection du Centre d'Éthique Économique»), 2013, 77 pp., 15,7 x 24,3, ISBN 978-2-7314-0866-9.

Se trata de un pequeño libro –un folleto según los autores– que recoge las reflexiones de cuatro economistas de la Association des Économistes Catholiques de Francia (AEC) sobre la función que corresponde a los economistas y al Magisterio en relación con la Doctrina Social de la Iglesia. Lecaillon es profesor de la Universidad de París 1; Bichot, de Lyon 3, Coulange es sacerdote y economista y enseña en el Studium Notre Dame de Vie, y Naudet es profesor en Aix-Marseille y presi-

dente de la AEC. Son autores ya conocidos en el ámbito de la DSI.

El libro tiene su origen en una jornada que tuvo lugar en París a finales de 2012 para dialogar sobre el tema ya mencionado. Concretamente, recoge las ponencias que presentaron en esa jornada los tres primeros autores, más un escrito de Naudet que guarda relación con el tema y, por último, el manifiesto de la AEC. La intención de las intervenciones era estimular el debate y abrir campos de diálogo, de modo que el cuader-

no, en su brevedad, sirve precisamente para estimular la reflexión. De hecho, en algún caso las intervenciones terminan intencionadamente sin ofrecer una conclusión.

La primera intervención («DSI y eficacia económica») corre a cargo de Lecaillon y se ocupa del papel que corresponde a los economistas; la segunda, de Bichot, trata sobre la división del trabajo entre economistas y Magisterio; la tercera, de Coulange, aborda lo que la Iglesia espera de los economistas, y la última (Naudet) reflexiona sobre lo que los economistas pueden aportar a la DSI.

Merece ser destacada la intervención de Bichot, quien se muestra crítico con la Nota del Pontificio Consejo Justicia y Paz sobre la reforma del sistema financiero internacional (2011). Para Bichot, hace falta una división de tareas complementarias. En particular, ese organismo no debió detallar una reforma entrando en pormenores de tipo más bien técnico. Eso es algo que toca concretar a los laicos, y no a los pastores. En efecto, a los laicos les corresponde «la búsqueda de vías y medios para actuar concretamente, técnicamente, en el mundo, y sobre todo en la esfera económica y social, de acuerdo con la voluntad divina» (p. 23). De ese modo, señala Bichot, los laicos se exponen a la crítica por sus propuestas políticas, económicas o sociales, pero las podrán defender en un plano sobre todo técnico. Y si la jerarquía se aventura a presentar análisis, observaciones, proposiciones o contra-proposiciones en el ámbito de la política o la economía, debe hacerlo apoyándose en la contribución de laicos competentes, sabiendo en todo caso que esas tomas de posición son lo que son: «intentos humildes, falibles, imperfectos para marchar en el sentido del amor a los demás. Nada podrá confundir ese discurso con una palabra de carácter dogmático que pretenda el monopolio de la verdad» (p. 24).

Lecaillon, por su parte, apunta dos interpretaciones posibles de la DSI, se entien-

de que en relación con la economía. La primera es la que llama «visión tradicional» y corresponde al arco de tiempo desde *Rerum novarum* hasta *Gaudium et spes*. Es una visión que rechaza los totalitarismos y también las ilusiones del capitalismo individualista que da primacía al mercado sobre el trabajo humano. Esa tradición, que denomina también «anticapitalista», se traduce en Francia en las corrientes del socialismo cristiano o de los progresistas cristianos, y en América Latina desemboca en la teología de la liberación. La segunda visión, que comienza con *Centesimus annus* y es minoritaria según el autor, insinúa una cierta desconfianza hacia la intervención estatal y pone el acento en la libertad, mientras que la anterior se centra más en la justicia social. Lecaillon señala que en realidad no son visiones opuestas porque tanto la justicia social como la libertad son necesarias para la consecución del bien común. De todos modos uno se pregunta si esa esquematización no es excesiva, en el sentido de dejar fuera matices importantes en ambas épocas. Por otra parte, requeriría precisar qué entiende por capitalismo. Quizá el lector lo puede adivinar a partir de lo siguiente: Lecaillon señala una tercera visión de partidarios de una conciliación de las dos corrientes anteriores. Representan esta corriente Novak y Zamagni. Estos autores tratan de distinguir la economía de mercado (basada en la división del trabajo, la producción al servicio de las necesidades y la libertad de emprendimiento), de la economía capitalista (capitalismo financiero, imposición de la maximización del beneficio en favor de los propietarios del capital, separación capital-trabajo, lógica de los beneficios por encima de la lógica del bien común, tendencia al monopolio en detrimento de la competencia; en definitiva, predominio de la especulación sobre la empresa).

Naudet, por último, señala la necesidad de que el Magisterio integre las aportaciones de la ciencia económica en sus reflexio-

nes morales en ese ámbito, pues de otro modo sus propuestas serían irreales e inobservables. Este autor señala *Centesimus annus* como ejemplo de acierto en la integración. Sin embargo, a la luz de las observaciones de Bichot, se impone una conclusión: el valor de esos pronunciamientos estará supeditado

a la veracidad que la ciencia económica encuentre en los razonamientos económicos integrados en esas reflexiones morales. Se entiende así por qué en este ámbito de la DSI llega a haber posturas tan discordantes.

Gregorio GUITIÁN

Joseph RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Enseñar y aprender el amor de Dios*, Madrid: BAC («Textos selectos», vol. I), 2016, 324 pp., 14,5 x 21,5, ISBN 978 8422 019060.

«Cuando leo las obras de Joseph Ratzinger-Benedicto XVI –afirma el papa Francisco en el prólogo a este volumen–, me resulta cada vez más claro que él ha hecho y hace “teología de rodillas”» (p. XI). Con estas palabras, el actual Obispo de Roma quiere destacar la unión que existe entre teología y espiritualidad, que puede apreciarse de modo especial en estas homilias sobre el sacerdocio, que recorren los años de Joseph Ratzinger como Arzobispo de Múnich y Frisinga y como prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe, es decir, desde finales de los años setenta del siglo pasado hasta 2005. Al realizar un análisis de la crisis del sacerdocio ministerial, el actual prefecto Gerhard Ludwig Müller sostenía que éstas tenían su origen sobre todo en las ideas de la exégesis protestante en su crítica radical al culto y a la mediación sacerdotal en la Iglesia (cfr. p. XIV). «Joseph Ratzinger –añade– somete a un estricto examen crítico la crítica histórica acuñada en la teología protestante y lo hace distinguiendo los prejuicios filosóficos y teológicos típicos del método histórico» (p. XXV). Se daría pues la curiosa paradoja de que el origen de las cuestiones debatidas en el ámbito de la teología del ministerio se encuentra en los desarrollos propios de los estudios bíblicos.

En estas homilias puede advertirse tanto el trasfondo teológico de las afirmaciones allí contenidas como el tono poético de la exposición. Entre las fuentes de las que se alimentan se encuentran lógicamente la Escritura y la liturgia, la teología del ministerio y la necesidad de una ética y el ejercicio de las virtudes sacerdotales, en sermones que aparecen siempre a partir de unas circunstancias concretas, como una ordenación o un jubileo. Ideas e imágenes, conceptos y metáforas se entrelazan tal vez más que en otro tipo de textos. Este modo de concretar sus ideas teológicas con la dimensión kerigmática muestran la meditación personal de la Palabra de Dios, es decir, su originalidad dentro del gran río de la tradición de la Iglesia. En estas páginas se combinan de modo equilibrado la erudición –historia y literatura, filosofía y teología– y la calidad humana que requieren las circunstancias. Presenta así al ministro como pastor, predicador y liturgo, que debe ejercer su ministerio ejercitando estos tres *munera Christi*. El texto de la carta a los sacerdotes con motivo del Año del sacerdocio en 2009, ya como pontífice, constituye un buen cierre –un broche de oro– y un acierto, en nuestra opinión, de los editores.

Pablo BLANCO